

Cóstealo por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

Los cines, las tabernas

y la pornografía

Dice «La Verdad» lo siguiente que hacemos nuestro por ocurrir aquí otro tanto:»

El señor Salas, actual gobernador de esta provincia, que, a juzgar por sus declaraciones, tiene vivo interés en atender todos los ruegos que se le dirijan, encaminados a laborar por la moralidad pública, nos va a permitir que le hagamos ciertas observaciones, en la confianza de que serán atendidas.

En primer término, los cines en esta ciudad, más que escuelas de moralidad e instrucción recreativas son, en muchos casos, centros de perversión e inmoralidad.

¡Da pena, ver los teatros llenos de niños y jóvenes, aprendiendo las fechorías de los más afamados bandidos, mientras las escuelas están desiertas...

Parece, que las empresas, guiadas únicamente, por el espíritu del lucro, no tienen otras películas que presentar al público, que las que afectan a crímenes, robos, asesinatos, adulterios etc, etc.

Y esto un día y otro... contribuye poderosamente a la relajación completa de las costumbres.

Ya sabemos que hay una junta encargada de revisar las películas antes de exponerlas al público; pero una de dos, o no las revisan, como es su obligación, o si las permite, falta ignominiosamente a su deber.

¡Cuántas veces hemos oído lamentarse amargamente a muchas señoras de la falta de moralidad, tanto en las películas, como en las *Estrellas o divas*... que aparecen en los escenarios a hacer más ameno el acto...

Las tabernas son otro foco de vicio y corrupción que están causando perjuicios horrendos.

La ley del descanso dominical, obliga a tener cerradas las tabernas, los días festivos, pero, sin duda, los taberneros burlan las terminantes prescripciones cuan-

do sus establecimientos están abiertos siempre...

¿Por qué, pues, no se toman medidas radicales y se hacen cumplir las leyes? ¿O es que se dictaron por capricho?

Otro de los síntomas de degeneración de la raza y de fatales consecuencias, para los individuos y para las sociedades, es la depravación de costumbres que existe con motivo de la prostitución cal ejera...

Vea el señor Salas si tiene campo abierto, donde ejercer sus funciones, con aplauso de todas las personas decentes, que están hartas de presenciar tantos escándalos...

XX.

A mi madre

ESTRELLITA...

Estrellita que cruzas el Cielo mirando a la tierra, vé corriendo a decirle a mi madre que muero por verla!

Que sin ella semeja este mundo igual que un desierto, es el cual no se vé ni un oasis, ni un triste arroyuelo.

Corre y dile que nunca su imagen me será olvidada y cual joya la guardo en el cofre de mis añoranzas.

Anda corre estrellita a decirle a mi madre del alma, que me lleve conseguida a su lado ¡que quiero abrazarla!

Que feliz aquel día en que besé tu frente... ¡madre mía, no sabes las ansias que tengo de verte!

Hasta entonces, aquí en esta vida, tan llena de penas, no seré ni un instante dichosa mientras no te vea...

Madre mía, mi dicha más grande, mi único anhelo, es poder estrecharte en mis brazos un día en el Cielo!

Tú, Dios mío, me das un alivio en tan honda pena, y es pensar en que pueda muy pronto unirme con ella!

MARIA DE LOS DOLORES RUBIO
DE LA PEÑA

Atajos del abismo

LA NOVELA

I

Y las galas de la magnífica dicción con que ataviaba sus

obras, eran mármoles sepulcrales que velaban montones de hediondez y podredumbre.

II

Abiertos de par en par los amplios balcones de su gabinete, víraisle, pluma en mano, absorto ante las bellezas que Natura atesoró frente a su quinta.

A sus pies juega el Benjamín. En el espejo no empañado de sus ojos retrátase el candor de su alma, y su frente serena, como mar sin ondas, y la risa franca y espontánea que alegra su semblante, confirma su inocencia...

Blancos cisnes surcan las aguas del estanque, y mientras palomas de níveas plumas vuelan en el patio, mil menudas florecitas, blancas también, de mil serpeantes enredaderas, colúmpianse al beso de las auras.

III

Y el niño creció. Y un día al fijar una mirada en los libros y folletos de un hermoso escaparate, vió portadas seductoras de esmerada encuadernación, y en ellas y pintadas de chillonas tintas, cuadros terribles que le estremecieron y aterraron.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño y aunque en la siguiente le aconteció lo mismo, tuvo el consuelo de sepultar bajo las almohadas de su lecho un lujoso libro, que llevaba al dorso un nombre harto conocido para él...

IV

Su padre quiso evitarlo, pero ya el mal no tenía remedio. Y aunque los cisnes seguían surcando las aguas del estanque y volaban las palomas de níveas plumas, la frente de Benjamín se oscureció, eclipsóse el fulgor alegre de su mirada y las sonrisas de tiempos mejores se helaron en sus marchitos labios...

V

Varios meses después lloraba el novelista la muerte de su hijo y los diarios de la población narraban misteriosamente el suicidio.

Juan J. Pérez Ormasabal.

De aquí y de allá

A. B. O.

Atinadamente discurre así sobre las causas de tantos crímenes sindicalistas:

«He aquí lo que en el transcurso de pocos meses han visto los obreros de España. Han visto que una minoría atropellaba impunemente a los que se negaban a la sindicación. Han visto crecer las violencias de tales atropellos, desde la paliza al asesinato, según aumentaba la recluta. Han visto que los dóciles, además de salvar la piel, mejoraban desmedidamente su salario, lo convertían luego en pensión onerosa, y eran los señores del taller y del patrono. Han visto caer impunemente asesinados a los dueños y capataces que osaban resistir este libertinaje. Han visto que si algún verdugo del terror caía por casualidad en poder de las autoridades, fácilmente se le arrancaba de la acción judicial con violencias impunes también. Han visto llegar a las cárceles a los delegados del Poder público para parlamentar con los cabecillas de una organización declaradamente criminal. Han visto negociar sobornos, sumarios y otras providencias, revocaciones de la justicia, a cambio de benevolencias de rebeldes; en público, en un mitin, se les dió cuenta de las prevaricaciones negociadas. Han visto cómo el indulto de la paz, proyectado para los delincuentes comunes, se convirtió en una amnistía laboriosamente enmendada por Pestafia y Seguí y antes refrendada por ellos que por los ministros. Han visto a Seguí y a Pestafia entrar como personajes en los despachos del Gobierno, tratar con él de potencia a potencia y conseguir los indultos fáciles que no habían cabido en los contratos anteriores. Han visto salir de los mismos despachos, insultadas y amenazadas, las comisiones patronales. Han visto destituir aun gobernador de Zaragoza, y con ese desagradecido vol-